

● Editorial ●

Es una pena grande que el premio BamLetras haya finalizado; FG&Editores, editorial promotora del premio junto a una entidad bancaria, oxigenaron las letras nacionales, el ejercicio sirvió de plataforma motivando una dinámica que dentro de todo nos dio a los lectores historias hermosas (no “de calidad”, es una palabra ofensiva para las letras); dicha hermosura deriva del uso acertado del lenguaje.

Quienes tuvieron la visión del premio transformaron, y aunque quizá sea muy pronto, ya hablaremos de ello en unos años de cómo han partido las aguas de las letras nacionales dejando una brecha significativa de diez escritoras y escritores.

Yo, artista, Puente adentro, El precio del consuelo, Un bolero lleva tu nombre, Enjambre de medusas, La muerte de Darling, El Flaco, La flor oscura, Ita y Coreografía del desencanto son los títulos de este esfuerzo consumado y que lamentamos llegue a fin, se agradece infinitamente el esfuerzo.

Allí quedan las novelas y los cuentos para deleite de los lectores; comprar los libros es quizás la mejor forma de dar soporte y agradecer.

Movimiento Asturias



Escribo para mí

Para aprovechar el tiempo que tengo desocupado decidí, hace varios meses, comenzar a cultivar el gusto por las series y el análisis de estas desde los entornos en los que se desarrollan, ya saben, las problemáticas surgen y es necesario comprenderlas.

Rebotando entre búsquedas encontré Anatomía de Grey, que para entonces ya tenía 13 temporadas y se me hacía bastante grande.

Antes de eso había tenido un gran acierto viendo Dr. House que contiene la misma temática y ya había visto varias temporadas, superadas de buena manera.

Decidí darle una oportunidad al piloto de Anatomía de Grey

y para mi sorpresa fue agradable; hoy terminé la temporada que tenía pendiente y se me hace necesario apuntar cosas necesarias.

El último lustro del cine, la televisión y la música han fijado su dirección hacia la reivindicación, los galardones han sido para las producciones que retratan problemáticas sociales y que buscan, de alguna forma, reivindicar los derechos de minorías sin alejarse de la práctica artística.

Anatomía de Grey fue llevada a la pantalla, por la necesidad de su creador de mostrar la vida de los médicos más allá de los hospitales y las salas de urgencia, mostrar la humanidad que los encarna y los problemas que surgen como seres humanos que son.

En uno de los barrios de Chicago nace Shonda Rimes que cargaba con los estereotipos más condenados: afrodescendiente, mujer, sobrepeso, madre soltera y divorciada. Con 13 series, 2 películas y 15 años de carrera, se desarrolla como una de las mujeres más influyentes de la televisión estadounidense.

Shonda es la creadora de la serie médica Anatomía de Grey que hasta la fecha lleva 14 temporadas transmitidas por televisión y esta temporada es, en una palabra, >>reivindicativa<<.

A lo largo de la serie se han visto diferentes problemas respecto a las minorías, pero en esta se desarrollan, capítulo a capítulo, temas como la maternidad soltera, el feminismo, la marginalidad de los afrodescendientes, el acoso sexual en las altas esferas, migración criminalizada, *bullying*, la incomodidad de la coexistencia de la comunidad LGBTQ y la violencia de género, etc.

Toda esta retahíla de cosas que apunto es para que sea más fácil la comprensión de la frase que titula este texto, la cual fue dicha por Shonda en una entrevista en donde se le cues-

tionaba las razones por las que escribía.

Por ahí es fácil comprender que la reivindicación debe ser iniciada desde las marginalidades, esas que nacen en los barrios bajos y que cargan constantemente con estereotipos de decadencia humana.

Manuel de León



Cuando los escritores mueren se convierten en libros, que, después de todo, no es una encarnación tan mala.

Jorge Luis Borges
1899-1986



La ciudad de las Arrugas

Los mayores, los viejos, siempre tendrán una especie de magnetismo sobre mí, sus historias; su forma de ver las cosas, sus ojos cansados, sus arrugas, su forma simple de ver todo transcurrir sentados en sus sillas, fumando su tabaco, su forma de ser viejos y su espera por morir.

Donde yo resido no hay muchos ancianos, solo hay 3 para ser exactos, dos de las cuales son mis abuelas, así que no hay mucho de ellas que no haya exprimido ya.

En la aldea vecina hay de todo un poco, mamá, mi hermano, su novia, y yo nos dirigíamos hacia ella, hacia la ciudad de las arrugas buscando no sé qué, tratando solo de ser un poco más viejos, más humanos.

Cruzamos cerros, fincas y potreros entre risas y anécdotas que mi madre nos ha contado muchas veces, pero que siempre simulamos interés, como si nunca las hubiésemos escuchado.

Llegamos no mucho tiempo después, entramos a una casa, una casa conocida, mi hermano y yo nos percatamos que hacía falta algo en el corredor, eran dos sillas con pintura azul

descascarada por el tiempo (nos sentamos ahí de niños), saludamos y entramos a encontrarnos con el primer santuario de arrugas.

Nuestro viejo permanecía casi inmóvil, sus párpados medio abiertos, reconoció a mi madre y ha hecho un intento inútil de levantarse, la piel de sus manos flácidas y suaves, pero apretaba más de lo que esperaba.

Lo profundo de sus ojos se vio invadida por muchas lágrimas, se quebraba delante nuestro, sabía que estaba muriendo y me lo recordó, supe entonces que yo también estoy muriendo.

Llora avergonzada, lloro, llora mamá, lloramos todos; unos más que otros. En mi mente una idea se habría camino “NO QUIERO LLEGAR A VIEJO”, no quiero esa soledad en mi cuerpo, una persona no merece esa tristeza, ese estar sujeto, esa incapacidad, esa morir lento, ese morir solo.

No quiero esas arrugas cargadas de recuerdos, de miedo a lo que pase luego del último suspiro, no quiero ese desfilar de sentimientos, ese recordar lo echo años anteriores.

A nuestro viejo semanas después lo velamos y enterramos...

Aquel martes visitamos muchos ancianos, algunos más viejos que otros, algunos muriendo más lento, algunos más sabios, otros más tristes; descalzos, sin dientes, enfermos, desolados, aislados. Con algunos reímos con otros lloramos, recordamos cuando eran jóvenes y el mundo les pertenecía más que hoy, los abrazamos por todos los que no están, por todos los que no han regresado.

Hoy pienso en todos los ancianos que se sienten solos, hoy me uno a ellos, a aquellos que postrados no hablan; no se sienten vivos, hoy quiero ser viejo por ellos, porque lo necesitan porque nosotros necesitamos a nuestros viejos, su amor y sus enojos, sus historias trilladas, lo que olvidan, porque nos hacen más humanos, yo quiero ser viejo, porque necesito llevar en mi cuerpo una ciudad de arrugas.

Romario Nájera

Jorge Luis Borges

El enamorado

Lunas, marfiles, instrumentos, rosas, / lámparas y la línea de Durero, / las nueve cifras y el cambiante cero, / debo fingir que existen esas cosas.//

Debo fingir que en el pasado fueron / Persépolis y Roma y que una arena / sutil midió la suerte de la almena / que los siglos de hierro deshicieron.// Debo fingir las armas y la pira / de la epopeya y los pesados mares / que roen de la tierra los pilares.//

Debo fingir que hay otros. Es mentira. / Sólo tú eres. Tú, mi desventura / y mi ventura, inagotable y pura.//

El reloj de arena

Está bien que se mida con la dura / Sombra que una columna en el estío / Arroja o con el agua de aquel río / En que Heráclito vio nuestra locura.//

El tiempo, ya que al tiempo y al destino / Se parecen los dos: la imponderable / Sombra diurna y el curso irrevocable / Del agua que prosigue su camino.// Está bien, pero el tiempo en los desiertos / Otra substancia halló, suave y pesada, / Que parece haber sido imaginada / Para medir el tiempo de los muertos.//

Surge así el alegórico instrumento / De los grabados de los diccionarios, / La pieza que los grises anticuarios / Relegarán al mundo ceniciento.//

Del alfil desaparejo, de la espada Inerme, / del borroso telescopio, / Del sándalo mordido por el opio / Del polvo, del azar y de la nada.//

Julio Cortázar

Correos y telecomunicaciones

Una vez que un pariente de lo más lejano llegó a ministro, nos arreglamos para que nombrase a buena parte de la familia en la sucursal de correos de la calle Serrano. Duró poco, eso sí. De los tres días que estuvimos, dos los pasamos atendiendo al público con una celeridad extraordinaria que nos valió la sorprendente visita de un inspector del Correo Central y un suelto laudatorio en La Razón. Al tercer día estábamos seguros de nuestra popularidad, pues la gente ya venía de otros barrios a despachar su correspondencia y a hacer

giros a Purmamarca y a otros lugares igualmente absurdos. Entonces mi tío el mayor dio piedra libre, y la familia empezó a atender con arreglo a sus principios y predilecciones. En la ventanilla de franqueo, mi hermana la segunda obsequiaba un globo de colores a cada comprador de estampillas. La primera en recibir su globo fue una señora gorda que se quedó como clavada, con el globo en la mano y la estampilla de un peso ya humedecida que se le iba enroscando poco a poco en el dedo. Un joven melencólico se negó de plano a recibir su globo, y mi hermana lo amonestó severamente mientras en la cola de la ventanilla empezaban a suscitarse opiniones encontradas. Al lado, varios provincianos empeñados en girar insensatamente parte de sus salarios a los familiares lejanos, recibían con algún asombro vasitos de grapa y de cuando en cuando una empanada de carne, todo esto a cargo de mi padre que además les recitaba a gritos los mejores consejos del viejo Vizcaya. Entre tanto mis hermanos, a cargo de la ventanilla de encomiendas, las untaban con alquitrán y las metían en un balde lleno de plumas. Luego las presentaban al estupefacto expedidor y le hacían notar con cuánta alegría serían recibidos los paquetes así mejorados. “Sin piolín a la vista”, decían. “Sin el lacre tan vulgar, y con el nombre del destinatario que parece que va metido debajo del ala de un cisne, fíjese”. No todos se mostraban encantados, hay que ser sincero.

Cuando los mirones y la policía invadieron el local, mi madre cerró el acto de la manera más hermosa, haciendo volar sobre el público una multitud de flechitas de colores fabricadas con los formularios de los telegramas, giros y cartas certificadas. Cantamos el himno nacional y nos retiramos en buen orden; vi llorar a una nena que había quedado tercera en la cola de franqueo y sabía que ya era tarde para que le dieran un globo.

Historias de cronopios y de famas / -Viajes-

Cuando los famas salen de viaje, sus costumbres al pernoctar en una ciudad son las siguientes:

Un fama va al hotel y averigua

cautelosamente los precios, la calidad de las sábanas y el color de las alfombras. El segundo se traslada a la comisaría y labra un acta declarando los muebles e inmuebles de los tres, así como el inventario del contenido de sus valijas. El tercer fama va al hospital y copia las listas de los médicos de guardia y sus especialidades.

Terminadas estas diligencias, los viajeros se reúnen en la plaza mayor de la ciudad, se comunican sus observaciones, y entran en el café a beber un aperitivo. Pero antes se toman de las manos y danzan en ronda. Esta danza recibe el nombre de “Alegría de los famas”. Cuando los cronopios van de viaje, encuentran los hoteles llenos, los trenes ya se han marchado, llueve a gritos, y los taxis no quieren llevarlos o les cobran precios altísimos. Los cronopios no se desaniman porque creen firmemente que estas cosas les ocurren a todos, y a la hora de dormir se dicen unos a otros: “La hermosa ciudad, la hermosísima ciudad”. Y sueñan toda la noche que en la ciudad hay grandes fiestas y que ellos están invitados. Al otro día se levantan contentísimos, y así es como viajan los cronopios.

Las esperanzas, sedentarias, se dejan viajar por las cosas y los hombres, y son como las estatuas que hay que ir a ver porque ellas no se molestan.

La inconveniencia de transitar entre dos estados o entes dispersos entre la maraña de ideas y palabras; merecer algún adjetivo que no rebuzne, pero que clarifique la posición en la que se encuentra uno con los pasos de antiguos seres melifluos y parcos.

Uno decide andar el tiempo a destiempo, sin haberlo querido nos enredamos sus letras, versos que nos delatan: “el cuerpo es un resultado horrible del vicio y del apego” y “solo en las peores circunstancias de la vida es posible detectar los celos de la amistad”.

Una coreografía de sustratos, el desencanto apenas perceptible.

Hablo de dos circunstancias; *El día que encontré a mi sombra en la calle* es una memoria de lo cerca que estoy de mi propia sombra (¿qué estamos?), me hizo recodar que

somos antes que nada, coincidencias y certezas de una *memoria imposible de soportar tres veces*, nos encontramos, en muchas ocasiones, en la calle, cuando salimos o volvemos a casa; no siempre reconocemos a ese nosotros de al lado o de la acera próxima, algunas veces nos hacemos *de la vista gorda* o simplemente cambiamos de acera, en otras ocasiones nos toma por sorpresa y se ventila la sombra, de ahí que no queda más que parecer “normales”, levantar la frente y esperar el zarpazo.

Cuando se es estudiante, los puntos lo vuelven a uno músico, declamador, orador, en el mejor de los casos toca suerte con las gimnasias rítmicas y las floridas coreografías:

Pie derecho adelante flexionado hacia arriba, manos al aire como alas, baja pie derecho y manos; pie izquierdo adelante flexionado hacia arriba, manos al aire como alas –se repite cuantas veces sea necesario–, así las siguientes repeticiones de formas y movimientos acompañados. Manos, cadera, pies, rodillas, brazos, cuello, cintura... mover el esqueleto.

Transiciones bochornosas, forrarse de uniforme bicolor -chillante-, vistosos pompones y listones; se ensaya varios días hasta estar coordinados, aunque no falta el tieso arrítmico que su onda es hacer ver a los demás cadenciosos y en tiempo (es que no quiero decir que ese arrítmico soy yo), el caso es que sobrevive la memoria (y algunas fotografías que en vano trato de esconder en fondo de cajones), inevitable que venga alguien a recordarle a uno el pasado.

Coreografía del desencanto está en esa sombra, en la calle donde el músico, escritor y fotógrafo teje las palabras soportando adivinaciones del otro, el joven dueño de su sombra.

Gerson Chinchilla

Hay que pavimentar la cordillera de violetas (...)

hay que cubrirlo todo de viletas
humildad / igualdad / fraternidad
hay que llenar el mundo de viletas.

Nicanor Parra
(1914 - 2018)